

«Si destinas cinco o diez millones a promover el cooperativismo pero no cambias el modelo general, estás intentando vaciar el mar con un cubo»

El sociólogo Ivan Miró es uno de los fundadores de las cooperativas Ciudad Invisible e Impulso Cooperativo, en el barrio de Sants de Barcelona. Desde esta experiencia ha ido desarrollando el proyecto «Ciudad cooperativa», una apuesta ambiciosa para transformar la economía urbana.

Joan Canela Barrull

Antes de entrar a hablar de «Ciudad cooperativa», quizá tendríamos que entender cómo es la ciudad actual, ¿no?

Sí, claro. Nosotros partimos de un análisis crítico de la economía metropolitana actual, del modo de producción capitalista urbano y de ver en qué tipo de ciudades reales vivimos. En nuestro caso concreto, en Barcelona, se puede constatar la existencia de un régimen de acumulación de economía metropolitana que básicamente está al servicio de la expropiación constante de la ciudad. De la ciudad entendida como un bien producido por la población, una riqueza colectiva que el modelo actual está privatizando y creando rentas monopolísticas.

Un proceso que se sufre a escala global.

Sí, sí, es común en las ciudades postindustriales y lo ha descrito brillantemente [el sociólogo marxista Henri] Lefebvre cuando dice que «en las ciudades, al final, la riqueza industrial será superada por la propia riqueza de la ciudad». Es la paradoja de la urbanización, puesto que la misma creación de la ciudad genera más valor que cualquier industria. Es el papel que desempeñan los fondos de inversión. [La socióloga holandesa] Saskia Sassen lo explica muy bien cuando describe cómo Nueva York está llena de edificios vacíos que no sabes qué valor generan, pero en cambio están constantemente comprándose y vendiéndose en las bolsas, en los mercados de futuro, en los fondos de inversión. Una ciudad, incluso muerta, crea riqueza para unos cuantos.

¿Cómo funciona exactamente esta creación de riqueza sin producción?

Como decía antes, privatizando la ciudad en su conjunto (servicios públicos, espacio público, identidad, etc.) a partir de tres estrategias: la concertación público-privada, los motores de crecimiento y la marca de ciudad.

Empezamos por la primera.

Siguiendo una expresión de David Harvey [geógrafo marxista estadounidense], se trata de una «castración de la inversión pública» que permite a los inversores privados extraer rentas de monopolio en todos los sectores productivos de la ciudad. En nuestro caso, esta castración es el eje de aquello que se denomina «modelo Barcelona», como pueden ser Turismo de Barcelona o *Smart City*... Todos aquellos consorcios que sirven de concertación entre empresas públicas y el capital privado, como los hoteleros en el primer ejemplo o Cisco en el segundo. Se trata de plataformas opacas fuera del control democrático formal que negocian cómo se hace esta apropiación privada de la ciudad en todos los ámbitos. Esta concertación es la primera estrategia de la ciudad neoliberal.

La segunda eran los motores de crecimiento. ¿Cómo funcionan?

Básicamente se decide que una actividad económica será la locomotora del resto. En Catalunya, desde el siglo XIX fue el textil, a partir de los Juegos Olímpicos del 1992 la construcción, y cuando esta entra en crisis en 2008, aparece el turismo y la *Smart City* como nuevos motores. El problema es que tienden a tematizar productivamente el espacio urbano, puesto que imponen una especialización productiva alrededor de la cual gira toda la economía. Por ejemplo, si la apuesta es el turismo, toda la estructura comercial del barrio turístico se transforma y en lugar de verdulerías habrá lavanderías. Es un cliché, pero se entiende, ¿no? Se provoca un cambio de la matriz comercial, productiva, etc. Todo gira alrededor del monocultivo turístico, tecnológico, biosanitario... lo que sea. Son planteamientos que no obedecen a una economía diversa, local, no parten de la idea de que se pueda acceder a todos los bienes y servicios diversos. Que haya una frutería, una carpintería, aquello que necesitamos, sino que es una economía muy vinculada globalmente y muy poco al entorno local.

Y la tercera, la marca de ciudad.

En una ciudad convive gente muy diferente, con diferentes pasados, bagajes culturales, orígenes... Hay gente con pasado agrario, o industrial, o migrantes... Es parte de su riqueza. En cambio, el marketing urbano crea un relato que reduce la complejidad de las identidades urbanas a una sola muy fácilmente identificable y lo hace de arriba abajo, ignorando a sus habitantes. Así, por ejemplo, València es igual a turismo, Barcelona es Gaudí, etc. ¿Y todo esto por qué? Pues como dijo Joan Gaspar, el presidente del gremio de hoteleros de Barcelona, para «vender la ciudad en su totalidad». Lo que se vende a los inversores globales es más que unos inmuebles, es la ciudad en su conjunto: la cultura, la gastronomía, la historia... y se hace a través de la marca, borrando las identidades múltiples construidas por la gente.

¿Cuál es el resultado de esta ciudad neoliberal?

Pues una ciudad enormemente desigual. En Barcelona, de Trinitat a Sant Gervasi, hay diez años de diferencia en esperanza de vida. ¡Dentro de la misma ciudad! Es que no hace falta ni salir al área metropolitana. Cuando lo explicas en Europa ni se pueden imaginar tanta diferencia. ¡Y no hacemos más que empeorar!

¿En qué puntos se empeora?

Lo que explicaba hasta ahora es el modelo que llega hasta el 2008. Pero con la crisis se genera un nuevo escenario todavía más preocupante para quienes creemos en una democratización económica y política de las ciudades. Entonces está la crisis inmobiliaria y la aparición de operadores nuevos, como los inversores globales. Ya no se trata del banco local, el sistema de cajas se ha hundido, recordémoslo, sino de fondos que actúan autónoma y globalmente y que se dedican a comprar edificios en un proceso de sumisión de las realidades locales. Todos ellos son operadores nuevos que aparecen en las ciudades actuales y aceleran todas las dinámicas de privatización con procesos de gentrificación, expulsión, destrucción de vínculos comunitarios...

Y después llegan las grandes empresas tecnológicas.

Exacto, puesto que desde los primeros años 2010 empieza a desembarcar lo que llamamos, de forma más cuidadosa «la economía de plataforma»: Uber, Deliveroo, Amazon, Airbnb... Trebor Scholz [experto estadounidense en cooperativismo digital] los ha definido como el «reaganismo económico», puesto que revientan todo el pacto social desde arriba, con una desregulación absoluta de todos los derechos laborales. Además de que, con estas plataformas, el capital privado se apropia de todas las estructuras comerciales. Amazon destruye el pequeño comercio de proximidad, típico de la ciudad mediterránea, Uber, los taxis, Deliveroo, la restauración independiente, Airbnb, el mercado de alquiler... Y además no está sujeto a leyes locales, no tributa. Y es un operador urbano muy potente, que genera muchos cambios, como llenar las ciudades de *riders* o de pisos turísticos, y esto genera una ciudad muy compleja de planificar colectivamente. Si ya hace años debatíamos

sobre la ciudad entendida como «ciudad-empresa», ahora mismo el término se queda muy corto. Los desahuciados serían los despedidos de esta «ciudad-empresa».

¿Qué contramodelo se puede oponer a la ciudad-empresa?

Es precisamente lo que hemos denominado «ciudad-cooperativa». En este debate aceptamos que la ciudad tiene una concepción económica central, que es producto de un excedente social histórico y que lo que hay que hacer es socializar esta riqueza. En este esquema, el formato cooperativo puede ser inspirador en el sentido de que una cooperativa es propiedad colectiva de los medios de producción, gestión democrática independientemente del capital, donde el excedente se socializa, se limita el lucro, etc. Así que la matriz cooperativa puede inspirar otra ciudad más democrática económica y políticamente.

¿Cómo se concreta este modelo?

De nuevo tenemos tres líneas estratégicas para construirla: la comunalización de la ciudad, la economía social y solidaria, y el debate de política económica en la ciudad.

Pues de nuevo, empezamos por la primera. ¿Qué significa esto de la comunalización de la ciudad?

Es un concepto derivado de aquello que Harvey denomina «la lucha de clases urbana». Si bien es cierto que el capital produce ciudad constantemente, el hecho comunitario también lo hace. Una plaza, un huerto, un centro social, etc. Y ahora mismo hay un proceso de comunalización de la ciudad, sea con equipaciones públicas de gestión comunitaria como Can Batlló o Ateneu de Nou Barris, bienes comunes urbanos, patrimonio ciudadano como las normativas de Bolonia y Nápoles, que en Barcelona ya se están hablando, suelo público gestionado por el vecindario, las fiestas de barrios y ciudades, etc. Se trata en general de la apropiación de la ciudad para usos diferentes de los mercantiles. Todo esto puede ser una comunalización de la ciudad que, además, tiene una perspectiva de género muy marcada.

Explique mejor eso de la perspectiva de género, por favor.

Las organizaciones de mujeres y la economía feminista se han encargado de estudiar y explicar muy bien que las mujeres tienen unas funciones y unos tiempos muy diferentes, no tan productivistas, mucho más centrados en la reproducción de la vida. Y eso se nota en cosas tan cotidianas como los diferentes itinerarios entre unos y otros.

Pasamos a la economía social y solidaria. Eso no es nuevo, ya existe desde hace muchos años.

Sí, pero hay que reformularla, dejar de entenderla como hasta ahora, con una cooperativa por aquí y otra por allí, una asociación, un huerto o un grupo de crianza, totalmente desconectados. Hay que

construir un ámbito económico específico diferente del capitalista y del estatal, donde se haga economía empresarial y comunitaria que pueda resolver necesidades de otra forma. Este planteamiento abre mucho el abanico, puesto que incluye finanzas éticas, grupos de consumo, asociaciones culturales, los grupos de crianza o los huertos que decía antes... Todo esto hay que hacerlo confluyendo en un ámbito socioeconómico compartido y con una estrategia de intercooperación. En algunos espacios, como Sants, donde yo vivo, o en el Prat de Llobregat, empezamos a teorizar sobre ecosistemas cooperativos locales, auténticos circuitos de intercooperación que estén al servicio de los territorios y promuevan la diversificación económica. Porque hay que tener muy en cuenta que el hecho de que en un barrio haya muchas cooperativas no es garantía de un desarrollo social y económico local diferente. Muchas pueden ser cooperativas autistas, es decir, que cada una va a su rollo y entonces, si no hay proyecto común, ni visión de territorio ni implicación comunitaria, el impacto es mucho menor.

Ahora estamos hablando de implementar una planificación económica...

Bueno, no es una planificación central, está descentralizada, pero sí que es un cierto tipo de planificación. Hasta ahora las cooperativas se creaban para hacer lo que a la gente le apetecía, pero sobre todo desde el Prat de Llobregat se empieza a reflexionar y a hacer ver que el sistema de economía social y solidaria tiene que tener un regulador ecosistémico, y para implementarlo han creado la Fundación Esperanzah. Se trata de dejar de crear cooperativas y lanzarlas a la calle de cualquier manera, sino que estas cooperativas obedezcan en un debate colectivo. Es un razonamiento interesante, y en Sants avanzamos en esta línea con la creación de la Asociación Impulso Cooperativo, formada por cooperativas y asociaciones. Allí es donde tenemos los debates: ¿qué hace falta? ¿Una escuela infantil? ¿Una carpintería? Porque seguir la lógica del emprendimiento puede ser muy negativo. Yo creo una cooperativa de collares de perros y resulta que esto no lo necesita nadie y se va a pique y en cambio hacen falta servicios de limpieza. Tenemos que procurar tener las cooperativas que cubran necesidades y que además las hagan viables.

Suena compleja esta planificación...

Pero no es algo que hayamos inventado nosotros. Estudiamos y aprendemos sobre todo de los fondos cooperativos italianos, unos entes que agrupan a todas las cooperativas de una ciudad en una entidad de segundo grado y después van al ayuntamiento y le dicen: «queremos gestionar los residuos y hacer economía circular con esto». Y lo hacen con una visión estratégica de qué tipo de economía quieren. En nuestro caso no queremos huir de la tematización productiva, sino que apostamos por la creación de ecosistemas cooperativos donde todo el mundo tiene que tener de todo: verdulería, carpintería, bar, arquitectos... pero con una visión mancomunada de hacia dónde vamos. Es esta la cuestión diferencial que puede generar un cambio de escala.

Falta la tercera línea estratégica: el debate de política económica en la ciudad.

Como explicaba antes, ahora la hegemonía la tiene la concertación público-privada, desde hace tres años. La Red de Economía Solidaria de Catalunya (XESC) teoriza sobre un nuevo modelo de concertación

público-cooperativa-comunitaria desde donde intentar hacer nuevas políticas económicas locales. Eso implica contar con el operador público, puesto que cuenta con la legitimidad, los recursos, la visión y la estructura, al fin y al cabo hay que recordar que en muchos municipios el ayuntamiento es el principal operador económico. Pero también tiene que incluir el operador cooperativo, porque dinamiza el trabajo, el consumo, las finanzas, etc. Finalmente, para evitar el tema de las cooperativas autistas, desatadas del territorio o sin visión transformadora, hace falta que esté también el tejido asociativo: AMPA, cultura popular, sindicatos, movimientos sociales, operadores comunitarios, espacios... porque son quienes tienen arraigo comunitario y quienes expresan las necesidades de la comunidad.

¿Cómo se concreta este nuevo debate con las instituciones?

En el Consejo Económico y Social de Catalunya, o el de Barcelona, hay 10 tíos de Fomento, cinco de CCOO y cinco de UGT. La economía social y solidaria, ahora mismo representada por la XESC, también tiene que estar ahí, y ahora no está, para que impulsen otro tipo de economía más colectiva— y no únicamente el emprendimiento individual—, proyectos de escalabilidad, articulación, análisis de las cadenas productivas, la transición ecológica en alimentación y movilidad, visión estratégica, etc.

¿Y la empresa privada qué papel tiene que desempeñar?

Al sector privado también lo tenemos que poder invitar —introduciendo antes un debate sobre responsabilidad social, laboral y ambiental que ahora mismo no tiene— con el argumento que el capitalismo de plataforma le está haciendo un agujero, y que si no intenta construir un nuevo marco económico, también sufrirá. Lo estamos viendo ya con el taxi, el comercio local, los autónomos, la pequeña y mediana empresa, etc

¿Esta concertación público-cooperativa contiene también cierto riesgo de nuevas externalizaciones «progresistas»? Precisamente esta ha sido la vía en las zonas históricamente rojas de Italia como Emilia Romagna para reducir la Administración.

Esos riesgos están y nos tienen que hacer pensar. De hecho, en los 80, cuando crecieron muchas cooperativas de servicios para personas, coincidió con los años de reducción del estado del bienestar. Pero cada vez está ganando más consenso en el cooperativismo en general y en la XESC en particular la definición de una economía plural, donde el objetivo estratégico es que se impulsen grandes espacios de debate económico que incluyan también al sector público, como municipalizaciones de servicios básicos como agua y luz, empresas públicas, banca pública, suelo, abastecimientos, etc. No tenemos que batallar por las migajas. ¿El sector público quiere avanzar? Pues nacionalizamos el suelo, el agua, la vivienda... ¡Adelante! La alianza público-cooperativa es la única salida posible ante el capitalismo. Ahora, también tengo que decir que este tiene que ser un sector público democratizado, con participación de los usuarios. Porque el modelo no puede ser el de la empresa vertical, como TMB [Transportes Metropolitanos de Barcelona] con directivos sin control y con salarios estratosféricos y opacos.

¿Cuál es la situación ahora mismo? ¿Son realistas estos objetivos?

El horizonte que se está entreviendo ahora en Catalunya es que ya llevamos cuatro años de nuevas políticas públicas en economía social y solidaria que no se habían hecho nunca, tanto en la Generalitat, como en Barcelona y en otros ayuntamientos. Se está brindando mucho apoyo y la diferencia se nota. A diferencia del País Valenciano o Andalucía, en Catalunya no se había hecho en veinte años por el neoliberalismo de CiU y esto había estancado mucho el cooperativismo.

Quizá han aumentado las partidas presupuestarias para fomentar el cooperativismo, pero también da la sensación de que hay dinámicas que no cambian nunca. ¿O solo es una sensación?

Ese es el debate que estamos planteando. Una cosa es hacer promoción de la economía social, ayudar para que haya más cooperativas, que está muy bien, pero otra cosa muy diferente es ponerse a hacer otras políticas económicas generales. Y esta es la fase que queremos entrar a debatir ahora. Porque si destinamos cinco o diez millones a promover el cooperativismo pero en cambio el modelo general está muy desregulado, al final estás intentando vaciar el mar con un cubo.

Ha habido un cambio de partidos en las administraciones, ¿pero ha habido también un cambio en el cooperativismo?

Sí, un cambio muy grande. Si la relación histórica del cooperativismo catalán con las administraciones era: «apóyame», sea a nivel económico, político, de reconocimiento, etc., ahora lo que estamos diciendo es: «queremos ser un operador político para plantear otro modelo». Queremos hablar de temas generales y dialogar con otros operadores como los sindicatos o las pymes y explicar que o bien se realiza un cambio de modelo en profundidad o bien ni sindicatos, ni pymes ni cooperativas tendremos futuro. Paralelamente vamos al Gobierno a hablar de soberanía económica, transición ecológica, relocalización industrial... Son todo temas transversales, tanto para el sector público, como para el cooperativo y el mercantil, imprescindibles para una política que beneficie la economía en conjunto.

¿Y qué respuesta habéis obtenido?

En 2015 la XESC planteó un plan de catorce medidas para democratizar la economía local al Ayuntamiento de Barcelona y estamos muy satisfechos con el impacto. También es cierto que hasta ahora hemos debatido e interiorizado estos temas dentro del cooperativismo y ahora toca trabajarlo con el resto de operadores, dar un paso adelante y abrir más espacios de debate.

